

17. La gran elección de la mañana

La gran revolución, la que permite que cada uno de nosotros se levante cada mañana de la manera correcta, es justamente el anuncio del Prólogo del Evangelio según San Juan: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). A partir de ese momento, toda la realidad humana y cotidiana ya no es la escena de nuestro hacer y de nuestro poseer, sino el ámbito donde la Palabra quiere vivir con nosotros, donde Dios quiere vivir familiarmente con nosotros, con nuestro corazón, y el ámbito en el cual vivir junto con los demás esta familiaridad con Dios, que es la plenitud de toda vida.

Cuando luchamos por levantarnos por la mañana, tenemos que hacer esta prueba, interpelar a nuestra libertad, a nuestro corazón. ¿Me levanto para hacer frente a la realidad como un "hacer" o para vivir la familiaridad con Cristo en cada circunstancia, cada encuentro, cada momento, en cada gesto? ¿Me levanto para hacer o para encontrar?

La perspectiva de vivir la familiaridad con Cristo le da a la mañana la alegría del comienzo. La mañana es realmente una mañana, un nuevo amanecer. Si, en cambio, afronto el día con la pretensión que, entre mí y la realidad, pone el sólo hacer, lo primero que voy a pensar es en lo que obtendré esta noche, en lo que lograré hacer, obtener, ganar durante este día. Y es como si en lugar de levantarnos al amanecer nos levantáramos al atardecer, cuando cae la noche, tristes y decepcionados ya antes de empezar el día, porque en realidad no empezamos nada.

San Benito tenía una gran conciencia de la importancia del despertar matutino. Dedicó un capítulo de la Regla al sueño de los monjes, donde describe cómo deberían ser los dormitorios, las camas y su disposición. Varios detalles dejan claro que el sueño no es un fin en sí mismo, sino que está al servicio del despertar. Una vela debe permanecer siempre encendida por la noche; los hermanos deben dormir vestidos, pero sin un cuchillo en el cinturón para no lastimarse mientras duermen. Todo está dispuesto "para estar siempre listos", para ir sin demora al *Opus Dei*, a la Obra de Dios, es decir, al Oficio Divino (cfr. RB 22,6).

De este modo, los monjes son educados a levantarse y empezar el día, no por lo que ellos tienen que hacer, sino para la obra de Dios, es decir, para lo que Dios hace. Por supuesto, tenemos que hacer nosotros mismos la oración, somos nosotros los que recitamos y cantamos los Salmos, las lecturas, etc., pero San Benito nos recuerda que Dios nos ama primero, que es Él quien viene a encontrarse con el hombre, que se hizo hombre para permitir el encuentro con Él. El encuentro con Dios de cada oración es una cita donde Dios ha llegado primero, es un momento en el que Dios nos acoge, donde Dios nos espera. Creo que sería mucho menos difícil darle el tiempo a Dios si tuviéramos más conciencia de que ese tiempo nos lo da Él, que ese encuentro lo ha preparado Él mismo para

nosotros. "Todo está listo", dice el rey de la parábola de los invitados a la boda de su hijo que rechazan ir con varias excusas (cfr. Mt 22,1-10). Simplemente tenían que venir, sentarse, comer y celebrar, participando en la alegría del rey y su hijo. No van allí porque tienen otras cosas que hacer. Pero también Dios tendría otras cosas que hacer, que trabajar para nosotros y con nosotros, que darnos su tiempo eterno, que darnos su presencia, que escuchar nuestras oraciones, que abrirnos su hogar para estar con nosotros, para vivir su familiaridad divina con nosotros.

La frescura de la mañana, la belleza de poder empezar un nuevo día maravillados, no la formamos en nosotros con un esfuerzo de voluntad, sino tomando conciencia de que nuestra tarea diaria no es lo que nosotros debemos hacer, sino que el Señor realice su obra. Es una gran conversión para nosotros pasar del valor que nosotros damos a las cosas y el tiempo, al valor que Dios les da, que es Dios mismo. Lo que realmente importa en nuestra vida no es lo que nosotros hacemos, sino lo que Dios hace. Y lo que nosotros hacemos adquiere valor si lo realizamos dentro de la obediencia, es decir, convirtiéndonos en instrumentos de Dios, de la obra de Dios.

Todo esto, San Benito lo quiere enseñar ya desde la mañana, desde el despertar matutino, mejor: nocturno. Y quiere que nos ayudemos unos a otros en la comunidad. Es bonito cómo describe la Regla el despertar y el levantarse de la comunidad para ir a las vigias: "Cuando se dé la señal, levántense sin tardanza y apresúrense a anticiparse unos a otros para la Obra de Dios, aunque con toda gravedad y modestia. (...) Cuando se levanten para la Obra de Dios, anímense discretamente unos a otros, para que los soñolientos no puedan excusarse" (RB 22,6.8).

San Benito no censura nada de nuestra humanidad, y sabe que es difícil levantarse temprano por la mañana, que despertarse no siempre es fácil, y que a menudo falta el deseo de afrontar el día. Entonces, como en muchos otros aspectos de la vida cristiana y monástica, llama a la comunidad para que nos ayude a asentir, a decir sí a la novedad de un nuevo día, para dar testimonio ante aquellos que se olvidan, o que aún no lo han experimentado, que vale la pena responder a la invitación de Dios, que vale la pena invertir la vida en lo que Dios hace en lugar de lo que pensamos que debemos hacer, que muchas veces se reduce a dormir, a no hacer nada por pereza o por miedo de la vida.

Hay una gran delicadeza en estos consejos de san Benito, una ternura varonil, llena de benevolencia, uno casi diría de humor. No es el despertar desagradable y violento que se da en los cuarteles o en las prisiones. Es como si Benito quisiera que todos se levantaran libremente, no solo por obligación, por deber, sino de buena gana, a pesar del cansancio. Benito siempre quiere hacer crecer la libertad de las personas, porque si no se va a Dios libremente, si no se consiente libremente a aquello que quiere realizar en nosotros y a través de nosotros, incluso el encuentro con Él quedará estéril.

Pero Benito también sabe que la libertad a menudo se despierta en nosotros más tarde que el cuerpo y los pensamientos. Entonces, si se quiere progresar, es importante confiar en aquellos que son más maduros en la experiencia positiva a la que estamos invitados. Después se entenderá.

Personalmente, cuando me levanto para la oración, no siempre tengo ganas de rezar, pero sé por experiencia que es en la oración donde aparece el deseo, que de la oración misma brota el sabor de orar, o al menos uno experimenta que tenemos necesidad, que Dios nos da y obra en nosotros cosas buenas para el día, para la vida y para los demás, cosas mucho más valiosas que dormir una hora más.

La exhortación mutua para invitarse a la Obra de Dios, que San Benito pide a la comunidad, me hace pensar en una exhortación que el santo Cura de Ars dirigía a su alma, como para "despertarla" para orar y obrar con Dios:

"Ven, alma mía, conversarás con el buen Dios, trabajarás con Él, caminarás con Él, lucharás y sufrirás con Él. Trabajarás, pero Él bendecirá tu trabajo; caminarás, pero bendecirá tus pasos; sufrirás, pero bendecirá tus lágrimas. ¡Qué grande, noble, reconfortante es hacerlo todo en compañía y bajo la mirada del buen Dios, pensando que Él lo ve todo, que lo tiene en cuenta todo!"